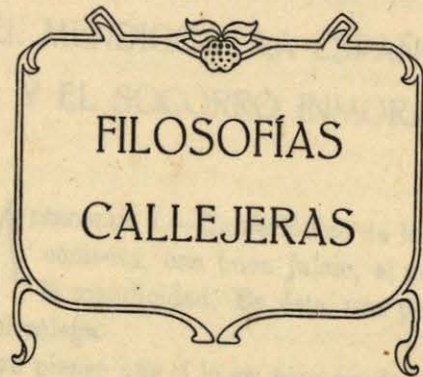


y del sol; son pájaros polares que vienen, año
por año, a calentarse, en tu cálida vida, las alas
que no quieren entumecerse!

¡Son los patos de la Florida!



CAPILLA ALFONSO SINA

C. A. N. I.

EL MENDIGO A LA ESPAÑOLA
Y EL SOCORRO INMORAL

MÉRCOLES 7.—Un periódico de la mañana comenta, con buen juicio, el asunto de la mendicidad. Es ésta una plaga, según el colega.

Y yo pienso que sí lo es; pero no de la Habana solamente; amplíemos la observación del fenómeno: es una plaga general de las viejas ciudades hispano-americanas. Es más: también la soportan las ciudades latinas de allende el mar. España e Italia han sido prototipos de centros de mendicidad. Y por aquí, y por allá, también las urbes sajonas y las germanas pueden, quizá, presentar el aspecto del mal, aunque más atenuado ya, y circunscrito a barriadas sórdidas y arrabales remotos. El crimen y la miseria viven en forzado aislamiento. El lobo busca su guarida: el hambre, su *Corte de los Milagros*.

Pero yo he notado que aquí, como en mi tierra, el pordiosero está, y puede estar, como la Divinidad: en todas partes. Y es que no suelen cambiarse así como así, y de un día para otro, las costumbres. Esta es secular. Viene desde las épocas caballerescas en que las agitaciones sociales producían, por diversos efectos económicos, esta especie de parásitos del trabajo y de la riqueza. Y la necesidad primitiva se fué transformando en modo de vivir, en industria. En España, el tipo toma caracteres peculiares. Es nacional y fundamental. Durante la Edad Media, se escurre desde la realidad hasta la literatura. Aparece en el *Libro de Buen Amor*—esa *Comedia Humana* del siglo XIV español—, como llama al revelador poema el maestro Menéndez y Pelayo. Entre troteras y danzadoras, tañedores de guitarra morisca, taberneros de vientre inflado, estudiantes «nochernegos» y frailes de obesidad risueña, forman corro los ciegos de las coplas, para los cuales compone romances el propio *Arcipreste de Hita*, y que van por plazas y posadas, cantando y tendiendo la mano, con el objeto de apretar en ella dos maravedís caídos del cielo, o afianzar el vaso de vino con que les pagan sus gangosas vocerías y sus destemplados rasgueos. *Trota-conventos*, en el cerco de los cu-

riosos, doblada sobre su bastón de anciana andariega, oye, y la sonrisa abre su boca desdentada y malévola; Don Carnaval y Doña Cuarema cuchichean cosas de amorios, confundidos entre la multitud; cruza con su donaire irresistible *Doña Endrina*, e inclinando *su alto cuello de garza*, mete en la sedeña escarcela la mano piadosa para socorrer a los desvalidos; *Don Melón*, que la va siguiendo y le ve el ademán, apresura el paso, para llegar antes que ella y adelantarsele en la limosna ostentosa, y conquistar su amor, ya que no pudo por los hechizos de la galantería, al menos por los encantos de la misericordia. En el claustro del monasterio, los frailes de Talavera, después de leer las cartas conminatorias del Arzobispo Don Gil, discuten el modo de reparar con más provecho el bodrio que, tarde por tarde, reciben los pobres, a la puerta de los conventos. La monja Doña Garoza, en un rincón del coro, para disipar la tentación del deseo, que se le clava, como una flecha de fuego, en medio del seno, reza y pide por todos los desventurados de este mundo, *que no tienen pan...* Ese es un cuadro de la vida española en el siglo XIV.

De allí a la novela picaresca se tiende el camino de dos siglos que recorre, polvorienta y andrajosa, la *mendiguería* peninsular. El *Lazarillo de Tormes* cuenta, con su rancio y pesado grajejo, la vida interesante de esta canalla literaria. Páginas hay en ese libro (tan mal atribuido por los críticos de antaño al grave Hurtado de Mendoza), que huelen a incuria, a abandono, a escudilla sucia, a jarro viejo, a manoseado harapo. Por las Novelas Ejemplares pululan, como por las callejuelas de Toledo y Segovia, los más insignes truhanes, que se calan el chapeo, requieren la espada, vociferan... y extienden la mano para pedir una limosna. *Rinconete y Cortadillo*, *Preciosa* y sus compañeros, la gente de *La ilustrada fregona*, el negro portero de la casa del *Celoso extremeño*, todos atraviesan por las fojas admirables, sacudidos de genio, sueltos de lengua y vacíos de estómago. Y nada más pintoresco que las recetas para pedir, del pícaro *Guzmán de Alfarache*, personaje insigne, repleto de mundología y cargado de discursos morales. Y nada más regocijado que los incidentes histrionescos del *Viaje entretenido*, de Rojas. Y nada más deliciosamente satírico que las caricaturas de los famélicos de la *Vida del Buscón*. Su Emperatriz el Hambre, reina despóticamente en aquellos

monumentos del arte español. El mendigo de encrucijada, de retablo al cuello, de barbas de ermitaño, de gafas de notario, es una transformación del tipo clásico de los héroes de la *truhanería andante*. Porque España, detrás de su séquito de caballeros armados de punta en blanco, detrás de su parnaso de poetas inmortales, detrás de su procesión sacerdotal y fastuosa, detrás de su deslumbrante corte de amor y de gentileza, arrastra su mundo oscuro de gitanos, su aquejarre de celestinas y mozas del partido, su hirsuto universo de desamparados y menesterosos, su hormiguero de desvalidos, su hampa, en fin, en la cual Monipodio viene a pie, Ginesillo de Pasamonte, en burro, Pedro de Urdemalas, en jaca robada, y los borrachos de Velázquez cierran el desfile empujando el barril en el que lucha por sostenerse a horcajadas, como en un toro saltador, el ebrio Baco.

Y es que este gran medallón de oro y diamantes de la España vencedora de Flandes, conquistadora de Nápoles y Sicilia, dueña del Nuevo Mundo, tiene su anverso y su reverso. Por un lado es actividad pródiga, energía inagotable, poderosa fuerza de ideal; y por el otro es pereza descoyuntada, inercia altiva, habitual y viciosa incuria. Posee, como nadie, la locura de la ac-

ción; y, por contraste, como nadie también, la insania de la pasividad y el quietismo. A todas partes lleva su Don Quijote; y, tras la sombra del escuálido manchego, en vigilia perenne, se perfila su obeso Sancho, en modorra perpetua. He aquí por qué la nación que produjo a un Cid dió vida a un Monipodio.

El héroe, en primer término, resplandeciente; el truhán, en último término, socarrón y taimado. Por donde pasó España sembró epopeyas y aclimató pigricias. En Nápoles quedan tendidos, panza arriba, y a la orilla del Golfo Azul, los *lazzaroni*. En la América latina callejean, descuidados y satisfechos, los limosneros. Son el sello hispano; son la costumbre arcaica; son la reminiscencia histórica. España nos manda todavía trabajadores incansables; pero es que nos dejó perezas incorregibles.

Si bien se observa, hay heroicidad en esta actitud del mendigo a la antigua española. Heroicidad, y audacia, y filosofía. ¡Cómo me sonrío al recordar los románticos escepticismos de Espronceda!

Mío es el mundo como el aire libre;
 otros trabajan por que coma yo;
 todos se apiadan si, doliente, pido
 una limosna por amor de Dios.

¿No es así? En efecto: el mendigo explota la piedad. Tiene este oficio productivo. Forma gremio. Porque la mendicidad contiene dos factores: el factor psicológico y el económico. El desequilibrio del bienestar, el inicuo reparto de la riqueza, engendran la miseria. Y ésta, con la negligencia ancestral, con el clorótico desmayo de la voluntad, con el torpe escepticismo del movimiento, engendra la mendicidad. Mas la mendicidad nada podría lograr sin la piedad. Y es éste un timbre de gloria para nuestros antepasados. La piedad, la generosa piedad española, es la madre, la creadora, la procreadora del mendigo español.

Sólo que aquí es forzoso hacer una ligera rectificación; esta generosidad, vista atentamente, es una inmoralidad. No es cierto que sea así como se cumpla bien con las obras de misericordia. Por regla general, ni se viste al desnudo, ni se da de comer al hambriento, ni se consuela al triste. Lo que se hace, por lo común, es sostener el vicio, estimular la apatía, contribuir a la inercia social, arraigar un hábito perverso, prolongar una perniciosa costumbre. La limosna callejera no produce los efectos que la fantasía sentimental se figura. Hace más daño que bien esa caridad cordial, pero irreflexiva. Existen, en

todas las sociedades, mucho dolor, mucho desaliento, mucha hambre de pan y de justicia.

Y el espíritu cristiano, y el altruísmo irreligioso, y la cultura bondadosa, exigen remedios inmediatos y eficaces para esas heridas de la civilización en marcha. Asilos, orfanatorios, hospitales, *casas del pan*, comedores y dormitorios y baños públicos, y escuelas, y muchas escuelas donde el niño nutra su cuerpo y su alma, necesitan ser fundados y propagados. La caridad aislada, la personal, la exigua, sirve muy poco. La caridad colectiva e institucional, es formidable. Socorre y educa, purifica y alienta, hace el bien individual y social, cumple admirablemente con las obras de misericordia y destruye el morbo de la pereza.

Tiene razón el colega; la mendicidad es un ejemplo contagioso. Urge que de aquí, de allá, de cualquier lugar, de todo lugar, mejor dicho, desaparezca el mendigo clásico, el de escalinata de templo, el de mano temblona, el de llaga pintada, el de retablo colgante, el de gafas de notario. Es preciso no desamparar; pero asimismo, no pervertir. Yo sé que los Códigos consideran la mendicidad como un delito; pero las costumbres, no. Y las leyes solamente escritas no se cumplen.

Y mire usted, señorita, ideal señorita que pasa con indiferencia sus ojos por esta deshilvanada crónica.

Alguna vez habrá usted visto, en las noches, en cualquier calle céntrica, en el Prado, en la plaza de Martí, a un niño, moreno o blanco, semidesnudo, que se le acerca, que la ve con infantil desvergüenza, que le sonríe con precoz malicia, y que, con entonación aprendida, le pide «un kilo».

Usted, tan buena, tan sensitiva, experimenta una dolorosa impresión. Y es instantáneo el arranque: abre usted el portamonedas o la bolsa de plata, busca, y da la limosna. El chiquillo corre con ella, y usted se queda libre de la impresión y satisfecha de la acción. Es una delicada nobleza, señorita; una nobleza a la española; muy grande, pero muy estéril. ¡Y qué digo estéril! Contraproducente.

¿No se ha fijado usted adónde va el niño que corre?

Pues a entregar los *kilos* o las pesetas a un hombre, a una mujer, a una o dos sombras que, recatándose, vigilan. ¿El padre? ¿La madre? Llámelos usted con su verdadero nombre: los *comprachicos*.

En Méjico, señorita, escribí mucho contra

esta infame explotación del niño. Noto que aquí sucede lo mismo que en mi tierra.

El infante es el mártir de la limosna; la víctima de la piedad callejera. Pero aquí yo no tengo influencia. Aquí mi pluma no tiene bríos, ni mi juicio seguridad, ni autoridad mi voz.

Usted sí. A usted la oirán, por hermosa, por inteligente, por buena. Y usted hablará con sus amigas y con sus amigos, y como la mujer sabe —lo dijo el poeta—traspasar montañas con la fe, despertará entusiasmos sanos y energías vivaces, y sacudirá a la sociedad, y encauzará su piedad y su caridad, y abriendo a estas virtudes el amplio cauce del buen sentido, convertirá la limosna callejera del *kilo* en obra útil para el necesitado, para el infortunado, para el incapacitado, para el cansado.

Ya lo sé: fe y abnegación se necesitan. Una criolla tiene las dos, a manos llenas.

Por de pronto, lo que precisa es que el niño deje de ser el lazo que ate al vicio inveterado con el socorro impremeditado. Influya usted para que las autoridades vigilen el tráfico de los *comprachicos*.

¡Y así se empezarian los proyectos de las buenas acciones!

EL MANANTIAL ROJO Y LA GOTA DE SANGRE

REVISO, interesadamente, los periódicos de la semana. Están nutridos de noticias: los cables de la guerra europea; los *reportages* policiacos; las notas de sociedad y de *sport*; las crónicas de teatro; el editorial político.

Busco tema para mi artículo, uno de esos temas amplios, donde puedan caber, como en viejo y ferrado arcón, las guñaperías literarias.

La guerra, es asunto de primera importancia. Sí, es el primero entre todos los asuntos. Esta ciudad, tan alejada de los sucesos, reciente la influencia moral y hasta la material, como todo el mundo, de la más estupenda lucha humana, del más formidable terremoto de pasiones, de intereses, de razas, de ideales. No hay cerebro que no cavile ni corazón que no acelere sus latidos cuando los ojos ávidamente recorren la

plana del *servicio exterior*, en busca de las más recientes noticias. Y las noticias de la guerra son, para la imaginación del lector, a modo de grandes dioramas en movimiento, por los cuales pasan, con rapidez fulgurante, los episodios de las batallas, los escombros que fueron palacios, las llamas que devoran muros, las multitudes que huyen despavoridas, el desfile de los ejércitos victoriosos. La plana de los cables es una fantasmagoría épica; una visionaria y rápida película, en la que lo heroico y lo trágico se suceden y llegan a convertirse en un voltejeo de cuadros confusos, de exterminio, desolación y muerte.

Pero el cable no transmite ni puede transmitir más que la verdad fragmentaria, impura, hiperbólica por el terror, menguada y manchada por la pasión y, algunas veces, vendida al traicionero engaño. El cable anota la vida que pasa; pero no se compromete a analizarla para depurarla. De suerte que nos pone sobre la pista del suceso que corre; mas no nos lo presenta aderezado ya por la crítica. El cable ve y recoge imágenes como una cámara fotográfica. Lo demás es cuenta nuestra. La preparación, el juicio, la observación, el examen retocan las noticias cablegráficas y las tasan y avalúan según las condiciones

mentales o sentimentales de cada quién, así se trate de pueblos como de individuos.

La verdad viene muchas veces retrasada, y, en ocasiones, sin alterar los acontecimientos narrados por el cablegrama, los pondera, les da valor exacto y les señala resultados distintos de los que tuvieron en apariencia.

Nosotros, desde lejos, no podemos fundar juicios sobre los sucesos de actualidad inmediata sino sobre bases deleznable de suposiciones. Enredamos la trama de la inferencia con los hilos delicadísimos de lo posible y lo probable. Y cuando ya la tela está avanzada, un soplo de realidad se encarga de deshacerla por donde parecía más apretada y tejida mejor. Y es el nuestro el trabajo de Penélope. Tendemos sobre el abismo de la fantasía el atrevido puente de la hipótesis. Está armado conforme a un mecanismo lógico perfecto. Lo creemos de hierro, y es de un material más sutil y más frágil: es de aire, como el castillo del proverbio, y el traje que lucía el insensato rey del cuento de Andersen. Por ese puente intentamos hacer pasar la pesada máquina de la verdad. No son raras, por lo mismo, las catástrofes de los teorizantes.

Y es que, ciertamente, no deseamos que sea la verdad la que pase, sino nuestra simpatía,

nuestra pasión, nuestro interés, disfrazados de verdad.

Por eso, en general, de las noticias que van, vienen, se *telescopian*, se rectifican, se contradicen, creemos aquellas que convienen a nuestros deseos, que halagan nuestras inclinaciones, que acrecientan nuestras esperanzas. Las acogemos sin detenerlas en el entendimiento, para que así, lleguen desde luego al corazón y nos lo acaricien. A las otras, a aquellas que contrarían nuestros anhelos, las sugetamos, como el juez al reo, a capciosos interrogatorios, y casi siempre encontramos en ellas presunciones de falsedad o delito.

Mas para conocer de manera positiva el estado de la guerra y la situación de los beligerantes; para calcular la trascendencia de todos los planes, y las consecuencias de todos los movimientos estratégicos, es necesario haberse preparado técnica y previamente, estar en vigilante y seguro contacto con la crítica militar y política, o estudiar con atención las informaciones de quienes, a vecinados a la conflagración, alcanzan a distinguir lineamientos y pormenores que nos den idea de la importancia del conjunto.

Estos asuntos de la guerra han producido, o la enfática literatura de exaltación—la del verbo

que expresa el sentimiento directo y personal—hermosa en Verahaeren y en Maeterlink, profunda en Bergson, chispeante en Richepin, noble en Barrés, humorística en Kipling, o bien la literatura de sentimiento indirecto, que antes de llegar al escritor pasó por otros espíritus, y de puro trasegada ha perdido su fuerza de convicción o su poder emocional.

Aquella literatura nos coge, nos sobrecoge, nos impresiona; ésta no; ésta, cuando la escribe un inteligente, cuando la desarrolla un poeta, puede llegar a entretenernos y cautivarnos; no a conmovernos. Es artificial y pueril, y nos recuerda a los artistas que no han aprendido bien sus papeles y, torpemente, van siguiendo la voz del apuntador.

Yo he leído con entusiasmo a Hovelaque, a Angell, a Pérez Triana; pero confieso que no me sucede lo mismo con otros lucubreadores que cuentan con menos elementos y datos para fundar y desenvolver sus teorías.

Espíritu latino, sigo con inquietud creciente las escenas de la tragedia, y a cada instante recito el «Credo» de Lavedán: «Creo en el premio del dolor y en el mérito de las esperanzas. Creo en las manos que empuñan el hierro y en las manos que se juntan para la plegaria.»

Sin embargo, no haré literatura de la guerra. El cable podrá ser más mentiroso; pero es más elocuente y sugestivo. No dirá siempre la verdad; pero la actualidad, sí. Y la actualidad es una varita encantada que toca la fantasía y le dice: ¡Mira! Y es así como se vive un sueño.

* * *

Me tropiezo con otro tema. Es trivial y es pavoroso. Durante la semana, entre las grandes y rojas notas de la guerra, se desliza esta pequeña nota... Oh, sí, mucho más pequeña; pero tan purpúrea como la otra. Ambas son sangre aquélla un mar, un torrente, una charca; ésta, una gota. La gota cae, cae, incesante, incansablemente, a diario, en cualquier página de los periódicos. Es la repetición alarmante de un delito: el suicidio.

Y esa frecuencia, que no es exclusiva de este país, parece señalar un morboso estado social. Es un síntoma.

Ya no hay que escribir acerca del suicidio. Todo se ha dicho. Se le ha analizado; se han investigado sus causas, se ha tratado de buscarle remedios. Y, no obstante, la tendencia crece y se multiplica por todas partes este acto que constituye una violación a los preceptos de la

Naturaleza. El malestar de la inadaptación; el hastío, y el debilitamiento que engendran el desgaste de la energía y el abuso del placer; la contrariedad de un vivo deseo; el exceso pasional, el espejismo pesimista, son factores ocasionales de esta obsesión, en la que el hombre siente que es un prisionero de la vida y del dolor, y cree que empujando la puerta de la muerte logrará su definitiva evasión.

Pero este delito, cometido por individuos refinados, por pseudo-filósofos, por delirantes, por degenerados superiores, por hiperestesiados, por suprasensibles, por Gerardo de Nerval, por Luis de Baviera, tiene la peculiaridad de ser, en ciertas épocas, como el tifo y la tuberculosis: contagioso. Hay periodos en los pueblos en que el suicidio, a semejanza de los miasmas, se respira en la atmósfera. Es una peste. Es una epidemia.

Hace más de un siglo que un ente literario, que un héroe de novela, ocasionó uno de esos insanos periodos de fiebre suicida. El pálido soñador de Goethe fué para los exaltados de aquellos tiempos de intranquilidad espiritual una figura de maleficio y encantamiento. La juventud europea se sintió atacada del «mal de Werther». Y este mal segó vidas culminantes y

arrastró en pos de sí almas enfermas, voluntades quebradizas, todo un cortejo sombrío de lipemaniacos y desequilibrados.

Tal síntoma, que de cuando en cuando reaparece, revela una peligrosa anemia social, una penosa desorientación moral. Eso es, por lo común, el suicidio, si toma esas formas de contagio. Suele señalar un defecto de educación en la generación y en el pueblo en los cuales se desarrolla. Marca un desquiciamiento en la familia, una catástrofe sentimental, una falta de fe y de ideal, una clorosis del carácter.

Y se dirá que aquí comienza el daño a hacerse más grave aún. ¡Qué estragos los del suicidio en la última semana! La manía ha bajado al subsuelo social. La miseria se ha contaminado de pesimismo. Los analfabetos se matan ya. El pueblo, que permanecía arraigado a su instinto, empieza a sentir la intoxicación del nirvana fatal.

Me imagino que es conveniente provocar una reacción moral en las sociedades amenazadas de un peligro serio. Bueno sería predicar todos los días, a todas horas, a grito abierto, en cualquier parte (cualquier parte es tribuna para esparcir las buenas ideas), que la lucha por la vida es indispensable, y que en ella se vence contra el dolor, contra el desaliento, contra todos

los obstáculos, contra todos los males, a condición de tener un ideal, una fe, un deber que cumplir, una obra que realizar, un bien que poner en práctica. Y esta obra, y este ideal y este deber, no son de uno solo, sino de todos. El altruismo no es más que el reflejo del egoísmo bien sentido. Los vínculos morales son, por necesidad, duros; pero nos hacen fuertes. Por ellos vencen los pueblos. ¡Desventurada sociedad la que se entregara, cruzada de brazos, a los horrores del «mal de Werther»! Estaría condenada a morir de desilusión.

Pienso que este sería un momento oportuno para organizar trabajos de profilaxis moral...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO NÚÑEZ"

Año. 1925 MONTREY, MEXICO